

más que nada, el entusiasmo con que las mujeres concurrían a las tertulias, impulsó a ciertos moralistas, en la divisoria de los dos siglos, a escribir acerca de las tertulias y su inherente peligrosidad. D. Gabriel Quijano, es en 1783, un censor en exceso rígido (19); y en 1831, D. Francisco de Paula Mellado las rechaza abiertamente, acusándolas de ser reuniones de ociosos y quejándose de los vicios de su tiempo a propósito de las tertulias en términos aplicables a la actualidad. "No hay, dice, buena fe en el trato de las gentes; todos van a ver a quién puede engañarse. La amistad es contrabando, y sólo cuando hay algún interés en sostenerla se ven continuamente llenos de pleitos de divorcio a cual más escandaloso. A la inmoralidad se llama despreocupación" (20).

### III

#### TERTULIA E IMAGINACION. LA DESAPARICION DE LA TERTULIA

En la plenitud del siglo XIX, la tertulia se generaliza. Todo español es tertuliano al mismo tiempo que espectador de las tertulias. Ante los ojos de los ciudadanos la sociedad española se construye pre-institucionalmente como un inmenso conjunto de tertulias en que cada persona es un personaje que inventa o deforma su propia opinión. Con acierto definía D. Severo Catalina las tertulias como unos "espectáculos gratis" (21). La tertulia moderna, concretamente la tertulia decimonónica, ha perdido la rígida pedantería de las tertulias que quieren ser tertulianas, característica de las academias del siglo XVIII (22). Aparece esa nueva pedantería sin énfasis ni

(19) *Vicios de las tertulias y concurrencias del tiempo, excesos y perjuicios de las conversaciones del día, llamadas por otro nombre cortajos, descubiertos demostrados y computados en seis conversaciones entre un eclesiástico y una dama o señora distinguida.* Por D. GABRIEL QUIJANO, Presbítero, O. S. B., Madrid, 1783. Análogo alcance tiene el libro; *Tratado sobre las Tertulias sacado a luz por un sacerdote de la misión.* Barcelona, s. a. (El autor es el Rvdo. VICENTE FERRE, que publicó, también en Barcelona, un *Tratado sobre las máximas fundamentales de la Perfección.*)

(20) *La tertulia de invierno.* Madrid, 1831, págs. 177-178.

(21) *Obras*, ed. 1876. Madrid. Tomo I, pág. 287. El acierto no va más lejos. D. SEVERO CATALINA toma la voz tertulia en un sentido demasiado impreciso, en el sentido de fiesta o reunión "social".

(22) En las tertulias todos quieren ser tertulianos; esto es: todos quieren ser profundos; de ahí es por lo que se proponen muchos misterios." P. DE MONTOYA, *Apología de la ilustración con veinticuatro máximas para saberse gobernar en la Corte*, compuesta por D. Pedro Montoya, diputado de la Ciudad de Guadalajara, Madrid, 1780; p. 97. Este matiz es también patente en el libro del Licenciado DOMINGO SERRANO (1760), *El genitivo de la sierra de los temores contra el acusativo del Valle de los roncós... enjaezado con la brillante secular compañía de Varios Tertulianos pseudo-políticos-literarios.* Quizás por el predominio de este matiz se antepusiera en ocasiones a la voz *Tertuliente* el adjetivo *discreto*. Así en *El discreto Tertuliente. Primera parte de las patrañas de Juan de Timoneda, en las cuales se trata de admirables quentos graciosos, novelas exemplares, marañas y delicadas invenciones para saber contar el sabio y discreto relator.* Sacadas segunda vez a luz, por JOSE DE AFRANCA Y MENDOZA... Madrid, s. a. (La licencia y fe de erratas llevan la fecha de 1759).

misterio, a la que aludíamos en páginas anteriores. La tertulia es desahogo y creación para la persona - personaje. La tertulia en cuanto vehículo para la formación de la opinión pública durante el siglo XIX y parte del XX, se degrada en los períodos de absolutismo. Nada hay más opuesto a la tertulia en su madurez, la tertulia moderna, que las Dictaduras o los terrores políticos. Bajo la sospecha de la denuncia, temiendo que el convecino sea un delator, el tertulio calla, apagada su espontaneidad creadora. Lo que más conviene y mejor se aviene con la tertulia es una situación intermedia entre el miedo al poder y el miedo a la libertad, tal y como ocurría el siglo pasado en España.

En el siglo XIX no hubo en nuestro país partidos políticos, sino grupos de presión que solicitaban la adhesión de la opinión pública. De aquí la dificultad para cualificar y definir las actitudes políticas y de aquí también la principalísima función de la retórica en cuanto sustitutivo ante la ausencia de definiciones políticas constantes. La retórica pretendía introducir orden en la confusión real. Los grupos de presión no estaban, como hoy, contruidos exclusivamente por la participación en el poder soberano, desde cualquiera de sus elementos, económicos, políticos o sociales; tenían un carácter mucho más vago. Presionaban desde las ideologías, desde el ejército, desde el clero, pero sin perder nunca el contacto con la opinión. Sólo en las formas de gobierno sumamente rígidas los grupos de presión pueden serlo en desconexión absoluta con la opinión pública. La tertulia, abierta, compleja, de fácil renovación, servía de órgano de integración indispensable para que la presión sobre el poder político pudiera ejercerse desde los distintos niveles sociales. Incluso los grupos de presión eran en su estructura tertulias. Dos situaciones, pues, han amenazado a la tertulia moderna en España; una la rigidez política, otra, en gran parte quimérica, la aparición de una auténtica opinión pública con sus órganos propios. Después veremos cuales son las causas de la actual decadencia, camino de su desaparición, de las tertulias.

La degradación de la tertulia por causas políticas no es oportuno tratarla ahora. Consideraremos otros modos de degradación cuyos supuestos últimos están también en la rigidez. Por lo pronto contribuye a dar rigidez a la tertulia, y va, por consiguiente, contra su esencia, que pierda primacía estética y se convierta en puro mentidero, centro del chisme y de la maledicencia. El siglo XIX fué en Europa un siglo casi exclusivamente esteticista, no estético, sino *esteticista*, entendiendo por esta última expresión el resultado del proceso inexorable por el cual todo gran movimiento religioso se disuelve en un esteticismo o religión de la belleza. Incluso en el orden de lo personal se confirma esto; las almas religiosas que se sienten unívocas e inexorablemente unidas a la vivencia de Dios, temen a lo bello. Hay siempre en el seno de toda religión una ten-

dencia anti-estética que suele convivir con otra de inclinación esteticizante. La primera es la que interpreta de modo más directo e inmediato, el contenido de la videncia religiosa. Las personalidades religiosas de esta clase son poco propicias a la tertulia. En un país católico donde la religión hace mucho tiempo que ha iniciado su disolución en esteticismo, aunque sin llegar a realizarse plenamente, como ha ocurrido en el resto de Europa, la tertulia, debía y podía florecer; concretamente en España. Concretamente en España, porque nuestro país, ya en el Barroco, la religión se transmutaba en estética y la estética en religión. En la poesía de San Juan de la Cruz, por ejemplo, la videncia religiosa parece disolverse en una preocupación estética de la misma o quizás de mayor importancia. Sin embargo, es cierto que esta yuxtaposición no significa sustitución y entre ambas posibilidades han permanecido en equilibrio, siguiendo el curso de la lenta secularización española. Prácticamente hasta la restauración canovista no se inicia en España abiertamente el proceso de sustitución de la conciencia religiosa, por una conciencia estética, con una apariencia de religiosidad.

En Europa la concepción esteticista del mundo —romanticismo— es el resultado manifiesto del desvanecerse de la conciencia religiosa en el incremento de la conciencia estética. En España, con la singular fuerza de la excepción, tal desvanecimiento no ocurre, sino de modo lentísimo. Quizás esto explique por qué el romanticismo español se parece tanto al barroco español. Galdós se percató claramente de lo que en este sentido la Restauración significaba.

Tito, el protagonista de la serie final de los Episodios Nacionales, es, no podía menos de serlo, persona y personaje. Dejándole en sus momentos alucinatorios, cuando dialoga con la vaga Efémera, y siguiéndole en los períodos en que está en sus cabales y con tanto acierto profetiza sobre lo que ha de ser la sociedad española, afiancemos con su buen juicio nuestra tesis de que con la Restauración canovista se llega en España a los comienzos del esteticismo y por consiguiente a la madurez y quizás inicial decadencia, en toda madurez se pre-incluye lo decadente, de las tertulias. La nueva sociedad que comenzó por el cambio de Sagunto, se inicia, según dice Tito en el Episodio Nacional llamado “Cánovas”, por “odiosas elegancias faranduleras e hinchadas presunciones.”

“Me cargaban, dice el admirable cronista, los hombres jactanciosos y vanos que se habían elevado de la pobreza cesantil a las harturas del presupuesto, gentes por lo común holgazanes, marimandonas, atentas no más que a encarnar en sí mismas la pesadumbre del armatoste burocrático. Me reventaban los Condes y Marqueses, mayormente los de nuevo cuño, sacados por D. Amadeo, D. Alfonso, del montón de negreros de mercachifles enriquecidos, o de agiotistas sin conciencia. Me encorocaban los señores pudientes que, rebajando su jerarquía ancestral, entregábanse al servilismo palaciego y monárquico. Detestaba, en fin, todas las vanidades que se habían mancomunado para detener los progresos de nuestra Patria y encerrarla dentro de unos moldes que no podría romper sin nuevas y más iracundas revoluciones... Mis odios más vivos refulan sobre una casta de señoritos, en su mayor parte salí-

dos de las Universidades, ricos por su casa y algunos participantes de las delicias de la nómina. Trastornadas estas criaturas por las parabombas que introdujo la restauración, elevaron a formas dogmáticas el arte y reglas de la elegancia. A todos los que no tuviésemos exquisita heclura personal en modales y ropa, nos miraban como raza inferior, no más digna de aprecio que las turbas gregarias despectivamente llamadas masa obrera. Entre ellos y los de abajo ponían una barrera de lenguaje, neologismos extraños, chistes y camelos mezclados de una galiparda insustancial.”

En otra ocasión, no ya Tito, sino el inquieto y honrado García Fajardo, afirma, repitiendo lo que sin duda era convicción personal de Galdós:

“Lo único positivo en ese cortejo brillante que ahora atraviesa las calles de Madrid, es un sin fin de generales, jefes y oficiales nuevos, agregados a los que ya teníamos; una caterva de funcionarios viejos o novísimos que fundaran sobre el doble catafalco, altar y trono, una política de inercia, de ficciones y de fórmulas mentirosas extraídas de la cantera de la tradición. Todo esto va decorado con el profuso reparto de honores, distinciones y títulos nobiliarios. Pronto veréis, amigos míos, el anuario de la Grandeza empedrado de Condes y Marqueses. En lo de acuñar nobles al por mayor y la prodigalidad de los Excelentísimos, Ilustrísimos y Reverendísimos no hay país en el mundo que nos iguale. ¡Oh desmembrada España! Cada día pesas menos, y si abultas más atribúyesele a tu vana hinchazón.” (23).

En la generación del 98 sólo hay ya esteticismo burgués. El ejemplo básico es Unamuno.

Pero se dirá el lector, ¿Cuál es dentro de esta tesis el significado de la tertulia? La tertulia expresa un profundo sentimiento estético de la vida. El tertuliano, particularmente el tertuliano de café, inventa, imagina, finge y representa, viviendo el mundo como creación espontánea personal. La fruición de opinar coincide con la satisfacción de una conciencia que refleja la armonía propia de las realidades imaginadas. Incluso cuando discute el tertulio se eleva desde la invención a argumentos superiores y sutilezas dialécticas que contribuyen a darle la satisfacción de la superioridad.

Pues bien, en la medida en que en España el proceso de sustitución es tan tardío y lento, la tertulia significa el escape, por la vía del esteticismo, de la asfixiante realidad política y social. No sólo la tertulia es liberación en los aspectos que hemos señalado, también es liberación estética en la medida en que tarde y fragmentariamente correspondemos a las coordenadas culturales de Europa.

Desde otro punto de vista, en cada etapa de absolutismo porque el país pasa, la espontaneidad creadora del tertulio y en general de la tertulia, se oscurece y degrada. La tertulia se convierte en centro

(23) “La política verdadera y levantada, señores, no existe aquí. No hay más política que la del turrón: no hay más política que la del empleo. Mirad a todos los hombres políticos... Señores, esto no es política: esto es una lucha para ver quién se lleva antes un empleo, y esta lucha no es digna de legisladores... Aquí no hay más que una cacaña, y el que consigue trepar a ella primero se apodera del poder y favorece a los que le han ayudado en la batalla.” Discurso de ORTIZ DE ZARATE en las Cortes de 1870 (Dic. 29) *Diario de Sesiones*, pág. 9.524, b.

del chisme y de la murmuración más torpe. Pierde su superior condición de órgano compensatorio de nuestros substantivos defectos y compensa con el chiste verde y la bellaquería, el hambre sexual o la ambición mediocre. No olvidemos que la cultura española es una cultura de compensación. Nuestros mitos, son mitos compensatorios. El quijotismo, por ejemplo, compensa la ramplonería y el servilismo real; y detrás del desplante y la matonería, hay miedo de siglos. Del ocio vicario ha salido el sistema de compensaciones y ya es algo que dispongamos de él (24).

En términos generales, la tertulia se degrada cuando la opinión pública se inmoviliza. Aun en los casos en que la inmovilización procede más de la rigidez social que de la política, la degradación es evidente, como ocurre en ciertas tertulias de algunos casinos locales. En los casinos suele haber un exceso de comodidad que está en estrecha conexión con la opinión estabilizada, que se ocupa más de lo privado que de lo público, de la burguesía característica de ciertas localidades en que la diferencia de nivel de vida entre las clases es muy grande. El tertulio necesita de una cierta comodidad, pero sólo en la medida en que la comodidad, en cuanto conquista de la burguesía creadora, significa el grado de bienestar proporcionado por "las cosas" que contribuye a aumentar la actividad espiritual. En este sentido la comodidad es un bien; aun más, un bien necesario. Pero si la comodidad se transmuta en puro goce físico, el espíritu se embrutece ofreciéndose como testimonio de tal embrutecimiento la tertulia degradada que cuaja en rostros embrutecidos por la satisfacción de no pensar. Rostros que simplemente espían. En algunos lugares, esos casinos, que se concentran en tertulias que a su vez reducen sus funciones a digerir y mirar, llegan a ser alucinantes. Tales tertulias apenas lo son. Yo me refiero a las tertulias auténticas, particularmente a las tertulias de café que satisfa-

(24) Durante todo el siglo XIX hubo en España una corriente de profundo pesimismo sobre las condiciones cívicas y morales del español. Parece imprescindible una antología que recoja los textos principales en que se manifiesta esta actitud. A título de muestra, transcribo la opinión de D. ANTONIO BERMEJO, quien, confusamente, intuye bastante de lo que más arriba he expuesto a este respecto: "Estudiad, señor, el carácter del pueblo español en nuestra historia, Vera V. A. que lo que a nosotros nos faltan son cualidades viriles, y reconocido este defecto, tendréis la clave de nuestros males pasados, presentes y futuros. En los españoles domina la imaginación sobre la razón; sentimos más que reflexionamos; hacemos grandes sacrificios por lo que nos apasiona y siempre nos apasiona lo que nos halaga y muy poco lo que nos conviene. Nos disgusta la monotonía de la vida laboriosa y nos falta la paciencia para esperar el fruto del trabajo lento. Cuando a un español le entra el legítimo deseo de enriquecerse, lo primero que se le ocurre es jugar a la lotería, hallar una mina de oro o un tesoro oculto, heredar a un tío de América o inventar una máquina que en un año le convierta en hombre millonario. Por eso, Señor, España es el país donde mayor número de personas han imaginado encontrar el movimiento continuo y la dirección de los globos aerostáticos; en cambio aquí nadie ha perfeccionado el alfiler, ni la lezna, ni el cepillo, ni la azada. — Un español está siempre dispuesto a arrostrar los mayores peligros de una larga navegación, de climas insalubres, si se le promete enriquecerse en poco tiempo. — ...¿Qué vale gritar contra esa raza que nos ha convertido en materia explotable, si son los parásitos que cría y alimenta nuestra pereza, si son un producto natural, fatal, inevitable, de la falta de cumplimiento de nuestros deberes morales?" (*La Estafeta de Palacio*, por D. Ildefonso Antonio Bermejo. T. III. Madrid, 1872; p. 192.)

cen la aspiración innegable de todos los españoles a "salir de casa". La tertulia es también en esto compensatoria y liberadora. La misma estructura social que ha producido la tertulia, está a la base de la familia española explicando sus peculiaridades.

La vinculación entre tertulia y café dió a esta última su lugar.

El espacio tiene una función social. De un modo u otro es el espacio de un grupo humano. Dentro de la función social del espacio cabe distinguir la función política, la cultural e incluso la espiritual. En este sentido decimos que el hogar es la expresión espacial de intimidad burguesa. En general, una cultura superior, cultura cívica o política, se caracteriza por su capacidad para dar a la función social del espacio un sentido a la vez general y concreto, como ocurre con el foro o con el ágora. El espacio se estructura según la función que realiza el grupo humano que lo ocupa. En la medida en que, por ejemplo, la función social de la familia ha cambiado, la casa ha cambiado. La arquitectura moderna que concibe "la casa" como una continuidad de las condiciones fundamentales de la vida exterior, ha hecho de la pared más un elemento de transición que de separación. Sin embargo, en el mundo burgués decimonónico, la pared respondía a la función de la familia en cuanto centro de defensa de una intimidad que sólo a través de la literatura se manifestaba al exterior. De acuerdo con las exigencias de la función social del espacio, la tertulia necesitaba el suyo; fué el Café. Y de tal modo lo fué que en su sentido más propio, en el orden social, un Café es el *lugar* donde hay tertulias. Desde el corrillo hasta el salón, pasando por la rebotica, los grupos de conversadores tienen su lugar definidor y la tertulia es la "tertulia de café" (25).

La plaza barroca integrada por "corrillos", era el espacio de la noticia, de las "nuevas" de Flandes o de Portugal. El Café, integrado por tertulias, es el espacio de la opinión que procura organizarse, el espacio del criterio personal, de los incipientes ideales políticos. Esta actitud teórica superior, requiere una cierta puntualidad y sitio fijo. Manuel de los Santos Alvarez ha escrito en sus "Agonías de la Corte", concretamente en la Agonía segunda, una tertulia de condición modesta que puede servir para caracterizar el nivel inferior de la clase media naciente que se esforzaba en integrarse.

"Dos militares viejos, y más que viejos, avejentados por la mala vida, cada uno con su correspondiente bastón de espino, pintado de amarillo, el uno con levita y tricornio, malas prendas las dos y con más lustre de grasa que de cepillo, y el otro con casaca y morrión, estrecha y lamida de faldas la casaca, y ancha y campanuda la imperial del morrión... Un dentista que era también parroquiano del café y se divertía algunas veces en hacer burla de todos los que se reunían en aque-

(25) Este es un dato más en favor del retraso de España respecto de Europa en cuanto a la formación de la opinión. Los cafés (*coffee-houses*) eran frecuentes en Europa desde el siglo XVIII. Cfr. K. MANNHEIM: *Essays on the Sociology of Culture*. Londres, 1956, págs. 138 y ss.

lla mesa cerca del mostrador, debajo de un reloj de música muy viejo. al lado de la trampa de la cueva... Un relojero cuya tienda estaba al lado, dirigida por un hijo suyo... y un copiante de música que habja sido corista hasta los cincuenta años en muchos teatros extranjeros.”

Además de un provinciano padre del protagonista, también contertulio. De esta humilde tertulia se podría pasar por grados a las encopetadas en el orden intelectual y social. En el fondo, la estructura de todas era semejante.

A partir de cierto momento, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, el español va al café para asistir a la tertulia que deja de ser casera, adquiriendo su última nota perfecta en cuanto contribuye a hacer de la casa la tediosa realidad que se olvida y se recuerda cotidianamente. Hay algo en extremo nacional en la despreocupación de D. Quijote por su casa. Tenía en ella sus libros, su familia y, sin duda, sus recuerdos, y sin embargo no se acordaba de ella. Sancho sí la recuerda de continuo. En congruencia con la estructura social española, el pueblo tiene en mayor medida “casa” y está más en ella atraído por la fuerza centrípeta del interés y de la necesidad. La clase media es la más tertuliana, la que en armonía con la estratificación cuasi burguesa del país, no ha sabido construir su superioridad desde el hogar, como han hecho los restantes pueblos europeos. La casa como espacio de la intimidad, es desconocida en cuanto hogar burgués para el español medio, que se realiza representando en la tertulia los personajes compensadores que lleva dentro. En el fondo, D. Quijote era un contertulio a la busca de tertuliantes.

Todo esto va desapareciendo. España se desquijotiza. Como un fruto tardío más, aparece hoy una burguesía semejante a la francesa de mediados del siglo pasado. La tertulia maduró plenamente con el canovismo y desaparece ahora. Hoy se adornan las casas, se cuidan con esmero las antigüedades, se vive más en familia, se crea un mundo para los niños en lugar de considerarlos, como es tradicional entre nosotros, adultos que están en período de crecer. Desaparecen los cafés, mueren las tertulias. Esto quiere decir que está desapareciendo el ocio vicario. A pesar del incremento de una burocracia en la que florece, como su expresión genuina, la coincidencia de múltiples empleos en una sola persona que no atiende a ninguno, el ocio vicario desaparece. Incluso tales personas procuran hacer de su tiempo algo redituable en un sentido o en otro. La estructura social española cambia realizándose ahora en las formas en que se estructuró la sociedad europea a mediados del siglo pasado. Pero esta ucronía es más violenta e insostenible que ninguna de las ucronías de España respecto de Europa. La tertulia muere, pero la pseudo-burguesía que la ha rebasado, integrándose en una superioridad consciente y en cierto sentido activa, ¿cuánto tiempo puede durar, pues no procede, a pesar de sus semejanzas formales, de las mismas infraestructuras económicas que produjeron la burguesía

europaea en el siglo pasado? La burguesía en madurez que hoy florece en España, es el resultado de una estructura política que protege una estructura social que no se apoya en la economía industrial y capitalista que caracterizó a Francia o a Inglaterra en el pasado siglo, sino en la servidumbre real de enormes masas de población rural y urbana.

Pero hemos de volver a aquella función específica de la tertulia, que insinuamos. Me refiero a la conversión de todo tertuliano de persona en personaje. Habíamos sostenido como hipótesis que es característico del español collear dentro muchos personajes que pugna por realizar. Cada uno de ellos expresa el deseo de compensar una profunda necesidad, que, normalmente, es resultado de la violenta opresión de nuestra peculiar estructura social. El caso de D. Quijote, transmutándose de persona en personaje con inmensa admiración de Sancho, es sin duda el caso de una gran mayoría de españoles, y, en este sentido, el quijotismo es una característica nacional.

La admiración de Sancho hacia Don Quijote es fundamentalmente igual a la admiración que el hombre del pueblo siente en España por el espectáculo. Tanto da que el espectáculo sea teatro o cine. Lo importante es que sea espectáculo en el que intervengan personajes, protagonistas de ficciones, para que el español popular, e incluso el español medio, corra tras de él con la singular voracidad de ser "otro". Muy en el fondo lo que el español quiere es ser *otro* y en la medida en que carece de la imaginación y cultura necesarias para inventárselo, corre detrás de quienes lo fingen en una continua admiración sólo interrumpida por el remordimiento ante la urgencia de las realidades que abandona. Sancho seguía a Don Quijote como los mozos de pueblo siguen anhelantes a los "representantes"; de lugar en lugar, durante varios días.

En toda tertulia los tertulianos son *otros* y siempre hay uno que es más "otro" que los demás y despierta su admiración explícita o velada. Hay en estos contertulios singularizados una especial fuerza histriónica. Aunque los demás tiendan a burlarse de ellos, sin embargo los escuchan y admiran. Este histrionismo, peculiar de los españoles, es un histrionismo trágico que florece en las tertulias y que quizás no sea sino un exceso de vitalidad que resulta superfluo en una sociedad tan inactiva como la nuestra. En España las personalidades de gran vitalidad suelen caer inexorablemente en la superfluidad vital del histrionismo. En este sentido Don Quijote es extremadamente vital y, por consiguiente, histriónico.

Podríamos preguntarnos acerca de los "otros" que quieren ser los españoles. Recorriendo las tertulias, e incluso las descripciones literarias de las tertulias, encontramos una nutrida colección de "otros", acogidos a la pomposidad de un *Don* con el que los contertulios delatan su recíproca complicidad y respeto.

Quizás por sus posibilidades liberadoras, por su singular carácter de órgano de la inicial opinión pública española, ha habido siempre un cierto prejuicio hacia la tertulia, extendido y fomentado por los grupos de espíritu conservador más dogmático. Ya he citado diversos libros que censuran las tertulias, buscando su conversión en grupos rígidos de contenido intelectual concreto. Así las tertulias se transforman en eso que en España se llaman "peñas" que suelen ser de índole deportiva o taurómaca y que como formas degradadas del espíritu tertuliano, son testimonio de la presión de las estructuras sociales y políticas, rígidas, sobre una opinión en pugna secular para expresarse. (26).

---

(26) En el libro ya citado del Padre VICENTE FERRER, se dedica el capítulo 4.º a exponer y comentar unas reglas para que se aminoren los peligros y daños de las tertulias. Copio las diez reglas que da el autor: "Regla 1.ª: No comparecer en tertulias, particularmente cinco clases de personas: niños, doncellas, estudiantes, eclesiásticos, personas espirituales. Regla 2.ª: No tener tertulia en casa propia. Regla 3.ª: No ir ni comparecer en tertulias poco ejemplares. Regla 4.ª: No salir todos los días a tertulias. Regla 5.ª: Quedar alguno de los amos en casa. Regla 6.ª: Los de una misma familia no ir a diferente tertulia. Regla 7.ª: Hombres y mujeres separados. Regla 8.ª: No salir a tertulia sin evacuar antes las obligaciones. Regla 9.ª: ¿Tiempo cuánto? (Se responde que una hora u hora y media a lo más). Regla 10.ª: ¿Materias cuáles? (Se responde que científicas y en todo caso honestas, excluyendo cuidadosamente las que atañen a asuntos religiosos)."